

que parecen impulsar— como con ocasión de los que trae Marcial Suárez en su novela.

«Los temores reales son menos terribles que los que inspira la imaginación.» En esa cita de Shakespeare puede ser resumida la primera parte de *La llaga*. Un ser débil que mata por terror de males imaginarios al presentir el futuro pavoroso, acrecentado por los temores de su imaginación. Sí; el mundo es la imagen.

En la segunda parte el lema lo sirve Ibsen: «El pecado que no tiene perdón—dice—es matar la vida de amor en un ser.» Efectivamente: el asesino adora al personaje principal, hermano bueno de la víctima, y en defensa del cual pudiera pensarse que mató; luego, en la cárcel, sumido en el desamparo, no es visitado sino muy tardíamente por su amo, el ser a quien verdaderamente idolatra. Cuando la visita llega es ya demasiado tarde. Y el protagonista, que se sentía culpable moral del homicidio, se ve ahora culpable de su propio pecado, de ese pecado que no tiene perdón; culpable de haber negado amor al homicida, de haber cegado las fuentes de la fe en un hombre que en él creía con cariño de alucinado. El sentimiento de esa culpa es la llaga, que al personaje central enloquece; la llaga que lo va matando y que titula esta novela. Esta gran novela.

LA MALA VIDA EN LA ESPAÑA DE FELIPE IV,

por JOSE DELEITO PIÑUELA.—Editorial Espasa-Calpe.—Madrid, 1948.

En el curso de los últimos años las gentes se han decidido de una manera activísima por la que bien puede llamarse literatura histórica. Se ha hecho partidaria de aquellos volúmenes que con un aire sencillez y grato, con perfume de novelesco relato o de divertida anécdota, nos presenta la historia más o menos lejana. Una historia con literatura en una mayor o menor dosis y en donde no se transforma, trastroca ni desvirtúa la historia en un solo punto.

Entre todas esas historias cargadas de anécdotas y de aire sencillez y grato hay que colocar los cuadros que José Deleito Piñuela ha escrito sobre la lejana España de Felipe IV.

La juventud eterna es cosa que los sabios no han enseñado aún a conservar, y ninguno de ellos ha descubierto tampoco un elixir de larga vida, ni siquiera un jarabe para llegar a centenario. Y he-

mos de decir que traemos este párrafo a cuenta para poner de relieve que José Deleito Piñuela, sin aquella juventud y sin haber tomado el deseado elixir, parece, por su saber amplio del mundo felipesco, el venir a nosotros desde aquellos días para contarnos las historias y las anécdotas de los mismos. Una cosa es conocer datos históricos, fechas, nombres y costumbres; pero otra, ya que parece que se volvió a aquella lejanía, el cúmulo de noticias históricas, de datos mínimos, de anécdotas minúsculas, pero deliciosas; de sucesos cargados de aire callejero, de saber del hogar. De aquellas y de éstas José Deleito Piñuela guarda un gran—y no somos exagerados en elogio—saber. Un saber que le va permitiendo darnos a conocer en libros asequibles a lectores no eruditos el conocer una época pasada de singular interés. Y así, un día vemos la estampa del monarca, y otro, las diversiones del pueblo; un tercero, el perfil de la corte madrileña, y más tarde nos enteramos de las intimidades de la moda y de los hogares.

Hoy es el mal vivir de aquellos días el que Deleito Piñuela ha trazado con toda amplitud y singular gracia. Era tema vidrioso éste, que el autor ha salvado sin gazmoñería, pero con un buen gusto exquisito, aliado al humor más fino. Damas galantes de baja estofa y alto coturno, espadachines, pícaros, maridos pocos orgullosos de su honra, barrios «clos» y garitos donde todos los juegos tenían su asiento y los tahures su «oficina», pasan en curiosas estampas por este libro, editado con esmero por Espasa-Calpe.

Divertidas e interesantes son las cosas que Deleito Piñuela nos cuenta, y tal es a veces el realismo de sus estampas, que parece que andamos perdidos por el Madrid galante, jugador y pendero de aquellos días; mejor aún, de aquellas noches.

Volver al tiempo pasado, y para ser más real, si cabe, de la mano de los autores del mismo, ya que cada capítulo de un libro de Deleito guarda, con el aire de sencillez que él sabe dar a su obra, una o muchas notas y citas que atestiguan de modo formal lo por él relatado. Cuando esta serie de libros se acabe, la España del IV de los Felipes será una de las que mejor podamos estudiar, la que con más ordenada documentación podamos revisar con carácter erudito o simplemente curioso. La obra que hemos referenciado lleva un hermoso prólogo de don Gregorio Marañón, escrito con la profundidad y la galanura que sabe dar a todas sus páginas.